

Editorial

Distintos síndromes afectan desde hace tiempo, a la política de hoy: mundialización, sociedad de la información y del conocimiento, resurgimiento de las identidades étnicas y culturales, ineficacia del Estado-nación para gobernar las sociedades, devaluación de las ideologías revolucionarias, crisis de legitimidad de los partidos políticos, degradación ritualizante de la democracia y catástrofes económicas anunciadas.

Pero por sobre todas las cosas, tal vez lo más importante y que requiere una profunda reflexión es un conjunto de acontecimientos asociados como: la afonía de las mayorías silenciosas (muchedumbre), la creciente emergencia de estados fallidos, la porosidad y complejidad de la vida en los límites fronterizos, el totalitarismo global de un liberalismo oligarca, imperante bajo distintos disfraces, cuya mayoría lleva la máscara del sistema democrático moderno y por sobre todas las cosas, las astucias culturales de un neofascismo posmoderno, implicado en casi todas las acciones “innovadoras y cuasi apolíticas”, enunciadas como nuevos estilos de gestión eficiente para los ciudadanos de hoy. Todo ello conforma un paisaje tóxico de la ecología humana presente, muy difícil de comprender a partir de los esquemas y categorías pertenecientes a las ciencias sociales que como tales son cómplices activos de una manera u otra.

A partir de ello surgen las siguientes preguntas ¿presenciamos el fin de la política tal como la conocemos o seguirá perviviendo en su forma habitual? ¿Dispone todavía la sociedad de la capacidad de cambiar y de reinventarse así misma a través de las ideas, de sus conflictos y sus esperanzas? Pero entre todas estas anomalías e interrogantes es interesante detenerse en la pregunta sobre quién es el sujeto de la política, cuestión que se asocia con el problema de la organización, convocatoria y participación de las mayorías y minorías en las sociedades “democráticas”. Con el avance de la sociedad industrial sobre las comunidades orgánicas, el término “pueblo” fue reemplazado por el de “masa”, porque entre otras cosas, se ha convertido en un obstáculo epistémico que no permitía elucidar las nuevas características de la dinámica social y de la pura vida económica de sus individuos; cada vez más despojados de la familiaridad de sus organizaciones y de los hábitos asociados a una vida comunitaria hecha jirones.

En las sociedades denominadas postindustriales que emergieron a partir de los '60 y que poco a poco, transforman o destruyen a las sociedades industriales, es el término “masa” el que está siendo erosionado y desplazado por la emergencia de una multiplicidad heterogénea y borrosa: *los muchos*.

Esta muchedumbre que ha sido la de todos los tiempos, más allá de las diferencias de magnitud, se ha transformado -para aquellos privilegiados que se encuentran situados amablemente en cada uno de los extremos de los mencionados procesos de cambio-, en una multiplicidad heterogénea de entidades inasibles y aparentemente inclasificables que producen temor. Mientras que para aquellos otros que son parte resultante de los aspectos más desfavorables de aquel cambio y se ven envueltos en la intemperie de esta dinámica relativamente amorfa y viva, produce angustia y desesperación.

Un testigo privilegiado y observador inteligente sobre uno de aquellos cambios que se sucedieron en la modernidad fue Alexis de Tocquesville, que en 1850 describió lo siguiente: “...veo una muchedumbre inmensa de hombres semejantes e iguales, que giran sin cesar sobre ellos mismos para procurarse placeres pequeños y vulgares con que llenar su alma. Cada uno de ellos, apartado de los demás, es ajeno al destino de los demás, es ajeno al destino de los otros: sus hijos y sus amigos constituyen para él toda la especie humana; está cerca de sus ciudadanos y de sus vecinos, pero no repara en ellos, los roza sin sentirlos; no existe más que en sí mismo y para sí, y si todavía le queda una familia, puede decirse que ya no tiene patria. Por encima de esa masa se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga exclusivamente de garantizar los goces de todos y controlar su destino. Es absoluto, detallado, regular, previsor y suave”.

Pero resulta que en nuestro presente ese poder “inmenso”, “absoluto”, “previsor” y “suave” que es el estado nacional burgués al que en realidad se refiere Tocquesville se desmorona o entra en procesos inciertos de fallas persistentes: catástrofes. Para los observadores contemporáneos esa muchedumbre tiene varios nombres: redes sociales informales, maras o salvatruchas, movimientos sociales, migrantes, exiliados y refugiados de todo tipo, desempleados, empleados informales, los sin tierra, errantes infectados con el virus ébola, etc. Las mayorías se caracterizan entre otras cosas, por ser un “objeto” de imposible encuadramiento institucional y de poca predictibilidad en su comportamiento político. Constituyen una heterogeneidad viva difícil de asir, incluso hasta para las sofisticadas estrategias biopolíticas del presente y por tal motivo, siempre oscuras y sospechosas de terrorismo y toxicidad.

En este contexto emerge el término multitud, con la finalidad de postularse como una categoría más adecuada para pensar el sujeto de las dinámicas políticas y económicas del presente. Pero para algunos pensadores que observan las sociedades del presente y más allá de sus diferencias, el término multitud seduce por su posible pertinencia con respecto a la dinámica actual de los individuos en su entorno.

Es una noción que a primera vista desconcierta y se resiste al análisis, porque como una especie de conglomerado emergente de individuos de todo tipo, no manifiesta ni una identidad clara ni permite precisar su comienzo.

Además es un fenómeno inestable, dado que sus componentes se reúnen y dispersan de una manera imprecisa y de una duración efímera. Su aparición depende más de un acontecimiento metamórfico que de una estructura morfológica. En medio de ese oscuro dinamismo, los que todavía conforman el sistema productivo pueden asociarse aisladamente en red por medio de sistemas corporativos o empresas generadoras de vínculos virtuales, adormecerse en algún espectáculo televisivo o pertenecer a algún movimiento social específico de reclamos, pero al mismo tiempo, desafectado de toda consideración sobre la comunidad política a la que dice pertenecer y de la cual se halla en fuga.

A partir de ello, gobernar para prevenir mediante la solidaridad y la participación es imposible o en caso que ello fuera viable, muy costoso. Es preferible gestionar el desastre y responder a la desesperación o vivencia de los reclamos desordenados o encuadrados en viejos dispositivos de protesta, inofensivos para el poder del sistema. Pero muy distinta es la situación de la muchedumbre cada vez más débilmente asociada al “sistema”, presa del pánico y reclamando ella misma, más dispositivos de seguridad, en medio del descalabro de los dispositivos sociales de encierro y control social perteneciente a viejos sistemas productivos hoy en ruinas.

Por ello para el “estado” sólo es posible trabajar la gobernabilidad bajo la eficiencia de complejos sistemas de seguridad que reemplazarían a las cada vez más sospechosas fuerzas de seguridad conformando así, un microfascismo sutil pero no menos impiadoso. Para Agamben, al ubicarse bajo el signo de la seguridad, el estado ¿moderno? sale del dominio de lo político para entrar en un *no man’s land*, cuya geografía y fronteras no se perciben con claridad y en donde el cuidado del ciudadano se transforma en resolución pos facto de peligros latentes sin rostro. Allí la vida social es imposible, aunque no así el consumo aislado, capturado en una red de flujos continuos de ofertas y demandas de cualquier género.

El Director